

enormes dificultades para proseguir con su obra. Palencia vivió la contienda en Madrid, completamente inactivo, y llevando una existencia fantasmagórica. En la posguerra participó en colectivas de carácter oficial y fue, de nuevo con Vallecas como horizonte, el alma de un Convivio del cual nacería la Escuela de Vallecas, en la cual junto al ya mencionado Castellanos —del cual tanto podía esperarse, pero que pronto iba a fallecer—, encontramos a nombres nuevos: Álvaro Delgado, Luis García Ochoa, Enrique Núñez Castelo, Gregorio del Olmo, Carlos Pascual de Lara, Francisco San José... todos los cuales serían considerados pronto por críticos como Ramón Faraldo o Manuel Sánchez Camargo, como representantes de lo que bautizaron, por mimesis con la de París, como la Escuela de Madrid.

BENJAMÍN PALENCIA
Retrato de Alberto, 1932
Óleo sobre lienzo

ALBERTO
Máscara, ca. 1936
Dibujo, tinta china y acuarela



a una estrella ('The Spanish People have a Path that Leads to a Star') (1937), a twelve-metre-tall totem pole erected outside the pavilion representing Republican Spain at the Paris Exhibition, a replica of which now stands in front of the Reina Sofía. The following year he went to Russia to teach art to refugee Spanish children living there, and never returned from a country where the predominance of socialist realism would make it very difficult for him to continue his work. Palencia lived through the war in Madrid, without working at all and leading a phantasmagorical life. During the post-war years he participated in official groups and,

with Vallecas as his goal once more, was the heart and soul of the 'Convivio' group that was the precursor to the Vallecas School. Besides Castellanos, who is mentioned earlier and from whom so much could have been expected had he not met an early death, we find new names in this school: Álvaro Delgado, Luis García Ochoa, Enrique Núñez Castelo, Gregorio del Olmo, Carlos Pascual de Lara and Francisco San José. All of them would soon be considered by critics such as Ramón Faraldo or Manuel Sánchez Camargo as the representatives of what, in imitation of the Paris custom, they christened the Madrid School.

En el año de celebración del Tricentenario, las obras de la Biblioteca Nacional de España salen al encuentro de museos nacionales y autonómicos; recorren el país, buscan otros visitantes, otros espacios, otras miradas. · Manuscritos, dibujos, grabados, lienzos, mapas, fotografías y libros entablan un diálogo con piezas de más de una treintena de instituciones españolas. · La BNE y Acción Cultural Española (AC/E) han querido que quien no pueda acercarse a la sede de la Biblioteca Nacional pueda participar también de este acontecimiento: 300 años de historia, que es de todos los ciudadanos.

This year marks the 300th anniversary of the Biblioteca Nacional de España (BNE). Works from its collections are being displayed in national and regional museums around Spain. They will thus reach new publics, be seen in fresh contexts and inspire different viewpoints. · Manuscripts, drawings, prints, paintings, maps, photographs and books will establish a dialogue with works from the collections of more than thirty Spanish institutions. · The intention of the BNE and of Acción Cultural Española (AC/E) is to ensure that those who cannot visit the Library in Madrid will participate in an event that marks 300 years of a shared cultural history.

EXPOSICIÓN · EXHIBITION
ORGANIZAN · ORGANISED BY:

Biblioteca Nacional de España y Acción Cultural Española (AC/E)

COMISARIO · CURATOR: Juan Manuel Bonet

DISEÑO EXPOSITIVO · EXHIBITION DESIGN: Ricardo Sánchez Cuerda

MONTAJE Y TRANSPORTE · INSTALLATION AND SHIPPING: SIT

SEGURO · INSURANCE: AON · DISEÑO GRÁFICO · GRAPHIC DESIGN: Alfonso Meléndez



MUSEO DE ALBACETE

PARQUE DE ABELARDO SÁNCHEZ · 02002 ALBACETE
<http://www.patrimoniohistoricoclm.es/museo-de-albacete/>

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA OTRAS MIRADAS

9/10/2012 - 9/12/2012

Máscara (ca. 1936)

Retrato de Alberto (1932)

Museo de Albacete

EL pintor albaceteño —de Barrax— Benjamín Palencia, y el escultor toledano Alberto Sánchez, más conocido como Alberto, a secas, fueron los dos principales representantes, en la España de la República, de un camino autóctono simbolizado por el nombre de la localidad madrileña de Vallecas.  Benjamín Palencia, educado en Madrid, pronto conquistó la atención de algunos de sus colegas, así como de algunos escritores. Así lo indica el hecho de que en 1923 apareciera —en la selecta colección Índice de Juan Ramón Jiménez, su prologuista— su libro de dibujos de *Niños*, y de que estuviera entre los primeros colaboradores gráficos de la recién nacida *Revista de Occidente*, la gran creación de José Ortega y Gasset. Dibujos suyos figuraron además en *Residencia*, uno de ellos como ilustración de una composición ferroviaria de Rafael Alberti, poeta de su generación del cual fue muy amigo.  Más complicado fue el camino de Alberto. De orígenes proletarios —era hijo de un panadero, y trabajó él mismo en ese oficio—, durante la década del diez se movió en aguas socialistas, en las cuales coincidió con el pintor Francisco Mateos, y fue soldado en Marruecos. En el Madrid de comienzos de la década siguiente conectó, en el Gran Café Social y de Oriente, cabe la Glorieta de Atocha, con el pintor uruguayo Rafael Barradas, alma de la tertulia conocida como “de los alfareros”, debido al hecho de que Barradas era el director artístico de la revista coruñesa *Alfar*. Ese café, tantas veces representado por Barradas, también lo fue por el toledano, en una tinta china aparecida en 1924 en la revista *Ronsel* de Lugo, y hoy propiedad del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. La influencia barradiana puede apreciarse, al año siguiente, en sus envíos a la Exposición de la Sociedad de Artistas Ibéricos (SAI), tan impor-

tante para la consolidación de la vanguardia española.  Alberto y Benjamín Palencia, a finales de los años veinte y comienzos de los treinta, iniciaron, como se ha indicado al comienzo de estas líneas, el camino a Vallecas, en un mojón de cuyo Cerro Testigo inscribieron los nombres de algunos de sus faros: Picasso y Eisenstein, pero también El Greco, Cervantes, Zurbarán y Velázquez. Vanguardia rural, enraizada en el paisaje mesetario, y en una tradición. Un camino explicitado por ellos en sendos textos maravillosos —Benjamín Palencia en 1932, en el prólogo a su monografía de la editorial Plutarco, y Alberto en 1933, en «Palabras de un escultor», en el núm. 2 de *Arte*, la revista de la SAI—, y en el cual pronto iban a acompañarlos pintores como Luis Castellanos, Juan Manuel Díaz-Caneja, Maruja Mallo o Antonio Rodríguez Luna; escultores como Eduardo Díaz Ypes o Pancho Lasso; poetas como Alberti, Gil Bel, Federico García Lorca —Benjamín Palencia fue el autor del logotipo de La Barraca, con la cual también colaboró Alberto—, el argentino Raúl González Tuñón, Miguel Hernández —amante durante un tiempo de Maruja Mallo—, José Herrera Petere, el chileno Pablo Neruda, Luis Felipe Vivanco; arquitectos —Vivanco también lo era— como Luis Lacasa, Enrique Segarra o Fernando Tudela... La influencia vallecana se aprecia asimismo en el trabajo de artistas como Tónico Ballester, Enrique Climent, Nicolás de Lekuona, Francisco Mateos, José Moreno Villa, Jorge Oteiza, Rafael Pérez Contel, Timoteo Pérez Rubio, Miguel Prieto o Josep Renau. Todo esto ha sido expuesto y estudiado por Raúl Chávarri, Luis González Robles o más recientemente Jaime Brihuega, probablemente el que mejor ha sabido analizar, en una reciente muestra alicantina, tan singular mezcla de españolidad, y vanguardia, sólo igualada, unas décadas después, por el

proyecto informalista de El Paso.  El retrato de Alberto por Benjamín Palencia, fechado en 1932, es una de las piezas más importantes de la donación del segundo al Museo de Albacete. En él el pintor, expositor aquel mismo año en París, en la surrealista Galerie Pierre, nos propone un retrato sintético, y no sólo físico, sino también moral, de su compañero en la breve y decisiva aventura. Un retrato geométrico, ruralista, en tonalidades sordas, y del cual no está ausente el humor, ya que el rostro alargado y sonriente que emerge, presenta cierto aire al de Buster Keaton.  De Alberto enseñamos *Máscara* (circa 1936), una de las pinturas sobre papel que lo representan en la Biblioteca Nacional. Se trata de una imagen hierática, enigmática, impresionante —el rostro, como calavera—, de estirpe claramente vallecana, empezando por su gama cromática tan sobria, por lo demás tan cercana a la entonces habitual en Benjamín Palencia o en Maruja Mallo.  Alberto y Palencia, una raíz común, y dos vidas divergentes, de la guerra civil en adelante. El toledano, militante del PCE, fue uno de los defensores de El Escorial, de cuyo Instituto de Enseñanza Media era profesor de dibujo. Participó activamente en tareas de propaganda republicana, desarrollando además una notable actividad como escenógrafo. Su obra maestra absoluta es, en 1937, *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella*, tótem de doce metros de alto en el exterior del pabellón de la España republicana en la Exposición de París, del cual un facsímil se alza hoy ante el Reina Sofía. Al año siguiente marchó a la URSS como profesor de dibujo de los niños españoles refugiados allá; nunca volvería de un país donde debido al predominio del realismo socialista, encontraría

JUAN MANUEL BONET

BENJAMÍN Palencia, the painter from Barrax (Albacete), and the sculptor from Toledo, Alberto Sánchez, better known simply as Alberto, were the two leading representatives, in Republican Spain, of a home-grown movement associated with the name of the Vallecas district of Madrid.  Benjamín Palencia was educated in Madrid and soon caught the attention of some of his colleagues and a small number of writers. This is borne out by the fact that in 1923 his book of drawings entitled *Niños* (with a prologue by Juan Ramón Jiménez) appeared in the latter's select Índice magazine collection and the fact that he was one of the first graphic artists to contribute to the newly launched *Revista de Occidente*, José Ortega y Gasset's great creation. His drawings also appeared in *Residencia* magazine, one of them illustrating a poem about trains by Rafael Alberti, a poet of his

generation and also a very close friend.  The path taken by Alberto was more difficult. He came from a humble family — his father was a baker and he, too, worked in that trade — and moved in socialist circles in the years between 1910 and 1920, during which time he met the painter Francisco Mateos and served as a soldier in Morocco. In the early years of the following decade he made contact in Madrid — at the Gran Café Social y de Oriente near the Glorieta de Atocha roundabout — with the Uruguayan artist Rafael Barradas, the life and soul of that artistic circle and known as ‘one of the *Alfar* crowd’ since he was the artistic director of *Alfar* magazine (La Coruña). That café, so often depicted by Barradas, was also depicted by the man from Toledo in an Indian ink drawing that appeared in *Ronsel* magazine (Lugo) in 1924 and is now owned by the Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. In the

following year Barradas' influence can be seen in the work he sent to the Sociedad de Artistas Ibéricos (SAI) Exhibition, which was so important in consolidating the Spanish avant-garde.  At the end of the 1920s and in the early 1930s, Alberto and Benjamín Palencia started out on the path to Vallecas, as mentioned at the beginning of this article, by inscribing the names of some of their leading lights: Picasso and Eisenstein, but also El Greco, Cervantes, Zurbarán and Velázquez, on a milestone on top of the hill known as Cerro Almódovar (which they renamed Cerro Testigo). This was a rural avant-garde rooted in the landscape of the meseta and in a tradition. It was a path described in two wonderful texts, one by Benjamín Palencia in 1932, in the prologue to his monograph published by Plutarco, and the other by Alberto in 1933, in ‘Palabras de un escultor’ (‘Words of a Sculptor’), in issue no. 2 of *Arte*, the

SAI magazine. They were soon to be joined by painters such as Luis Castellanos, Juan Manuel Díaz-Caneja, Maruja Mallo and Antonio Rodríguez Luna; sculptors such as Eduardo Díaz Ypes and Pancho Lasso; poets such as Alberti, Gil Bel, Federico García Lorca (Benjamín Palencia drew the logo for the ‘La Barraca’ theatre group with the help of Alberto), the Argentinian Raúl González Tuñón, Miguel Hernández (one-time lover of Maruja Mallo), José Herrera Petere, the Chilean Pablo Neruda, and Luis Felipe Vivanco; architects (Vivanco was one too) such as Luis Lacasa, Enrique Segarra and Fernando Tudela... The Vallecas influence is also noticeable in the work of artists such as Tónico Ballester, Enrique Climent, Nicolás de Lekuona, Francisco Mateos, José Moreno Villa, Jorge Oteiza, Rafael Pérez Contel, Timoteo Pérez Rubio, Miguel Prieto and Josep Renau. All of this has been expounded and studied

by Raúl Chávarri, Luis González Robles and, more recently, by Jaime Brihuega who, in a recent exhibition in Alicante, has probably been the most successful in analysing such a remarkable blend of Spanishness and avant-garde, only equalled a few decades later by the informalist project, ‘El Paso’.  The portrait of Alberto, painted by Benjamín Palencia and dated 1932, is one of the most important pieces in the donation made by the latter to the Museo de Albacete. Here, the artist, who exhibited his work that same year in Paris in the surrealist Galerie Pierre, presents us with a synthetic portrait, showing not only the physical but also the moral characteristics of his companion in their brief, decisive adventure. It is a geometric, ruralist portrait in muted tones that is not totally lacking in humour, given that the long, smiling face that emerges

has a whiff of Buster Keaton about it.  With regard to Alberto, we are showing *Máscara* (‘Mask’) (circa 1936), one of the paintings on paper representing him in the Biblioteca Nacional. It is a stern, enigmatic, impressive image depicting a skull-like face of clear Vallecas lineage, starting with its very sober chromatic range, but in all other respects very close to what was usual in those days in works by Benjamín Palencia or Maruja Mallo.  Alberto and Palencia, two men with common roots but with very different lives from the civil war onwards. The man from Toledo, a Communist Party militant, was one of the defenders of El Escorial, in whose secondary school he taught art. He took an active part in propaganda work for the Republican side, as well as being a very active theatrical designer. His absolute masterpiece is *El pueblo español tiene un camino que conduce*